

Martes

Juan Miguel Valero Moreno

La habitación no es un cubo perfecto, lo que produce cierto desasosiego en el visitante meticuloso. José María es hombre geométrico, ha golpeado la puerta con dos batidas separadas por idénticos segundos, ha esperado para girar la manivela exactamente tres y, tras escuchar la voz monitoria, ha cruzado sus fines en dos ágiles pasos, ha cerrado con elegancia y ha saludado. La voz vibra monótona en el ámbito, de un calibre neutro, la figura recta, tiesa, forma en lo tocante al suelo, un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Tras de la mesa José María ha escuchado un ligero preámbulo, ha accedido sobrio a sentarse en un silloncito que allí figuraba al desgaire, algo más bajo que el del morador de la habitación. El silloncito, donde otras veces la secretaria ha mecanografiado algunos folios, es coqueto, obliga a las rodillas a figurar más altas que la pelvis. A José María le ha parecido un despropósito, pero nada ha comentado.

José María es hombre geométrico. Su cuerpo es el cruce perfecto de una ordenada y una abcisa. Caminar a mediodía es una pasión favorita suya, justo en ese momento en que su sombra deja de existir. Ninguna deformidad le perturba en ese momento. Camina como hidalgo, compasado, y todo su continente es arquear las cejas en altura igualísima, respirar medido, mirar calimetrado. Su rostro tiene, como su cuerpo, numerosos ángulos. Sin llegar a ser atractivo, diríase sin embargo que la naturaleza se ha concordado para hacerlos todos fieles, exactos hermanos. En fin, para José María toda labor emprendida es ontológica. Supone para él reordenar el universo cualquier acto cotidiano. José María no lo sabe, pero es un poco parmenídeo. Lo vario no existe en su entender, sino una forma sola y perfecta para cada cosa.

Ya no mira José María, acecha. Un gemelo no existe, por lo que ve en uno de los puños de la camisa del habitacionado. La paridad ha desaparecido. José María observa con horror el papeleo sobre la madera. Tiene tentaciones de arroparlo,

de darle esas cachetadas en los cantos, de hacer del montón informe bonito paquete en el que cada folio se amolde justo a otro. No lo hace. Escucha ya desde lejos, advierte, sólo de forma leve, alteraciones en la voz. La voz suena menos amable. Primero ha habido un matiz de extrañamiento, luego ha sido una elevación en el tono, más tarde una especie de desencajamiento, de expresiones que sonaban nauseabundas.

La claridad tenue penetra dislocada, a rayas, tamizando el polvo de la habitación. José María ya no escucha, contempla a la voz a través de una sucesión de papeles, bolígrafos, lápices sin punta, una máquina de teclear escorada, los colores varios de las telas de un traje, brazaleo por delante de un rostro de tótem. José María ya no ha aguantado más, se ha inclinado muelle sobre la mesa. De ella ha recogido un abrecartas y ha llagado el corazón de la voz. La voz ha cesado. El rostro se ha difuminado en una sola sensación de sorpresa. Todo el rostro ha dicho en un segundo lo mismo y en un segundo ha muerto el parlador. José María lo ha recompuesto en su sillón más alto, le ha estirado las mangas de la americana hasta ocultar los puños de la camisa. Lentamente ha realizado algunas operaciones de reglaje en la habitación.

Calmo, con prisa pausada, ha medido una salida memorable. La puerta se ha cerrado tras de él como un vals, adorable.

José María es prácticamente un ángulo. Nadie ha notado su presencia. La mecanógrafa no ha sentido ningún interés por él, ha permanecido los labios secos, las rodillas juntas, dale que te dale a las teclas. El jaleo unísono de una redacción lo ha envuelto en una nube y un portero estatuiforme, calado a su silla, detrás de un periódico fósil, ha desdeñado su paso suave.

La Gaceta ha publicado el miércoles una esquela y unas columnas de amigos circunstanciales y unas fotos de la fiesta de Navidad del año anterior. Jesús Martínez, Jefe de Personal, ha muerto.

Juan Miguel Valero Moreno (Jumilla, 1977) prepara una tesis doctoral en Filología Románica en la Universidad de Salamanca, donde es profesor ayudante. También desempeña el cargo de Secretario de organización del Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas desde su creación. Ha pergeñado, escrito e incluso publicado varios artículos, reseñas y libros en prensas tanto de España como del extranjero. Su obra académica se distingue, sin embargo, poco (y por fortuna) de su obra creativa. Sus estudiantes hablan bien de él, y la misma opinión tienen tanto sus colegas como la mayor parte de sus amigos, lo que no es poca cosa. Desde hace algo más de un año, vive en la gloria.